

EL VALOR DE UNA CIENCIA CONCIENZUDA

No se enfade, pero ¿cómo sabe cuántos años tiene un objeto? Richard contestó que le llevaría mucho tiempo el explicárselo Agatha Christie, Intriga en Bagdad, 1951.

Treinta años, para ser exactos, es el tiempo que nos ha llevado responder a una pregunta tan sencilla en apariencia. En 1987 una lluvia torrencial azotó la comarca de Hellín, en Albacete, con la tremenda intensidad que las tormentas otoñales alcanzan en el sureste peninsular. El agua no solo barrió puentes, cortó carreteras y anegó campos y casas, sino que también arroyó «El Reguerón», la vaguada natural que hiende el cerro amesetado conocido como El Tolmo de Minateda, junto al arroyo del mismo nombre. Salieron a la luz entonces unos magníficos sillares con una inscripción monumental patrocinada por el propio emperador Augusto y con ellos, se recuperó el interés por un lugar emblemático en la investigación arqueológica del sureste peninsular; un yacimiento sobradamente conocido y frecuentado por figuras tan significativas en la arqueología como Henri Breuil, Raymon Lantier, Joaquín Sánchez Jiménez, Blas Taracena y Antonio García y Bellido, pero olvidado durante cuatro décadas.

Este descubrimiento, que vino a sumarse a los importantes vestigios ya conocidos desde principios del siglo xx, supuso el inicio de un proyecto sistemático de investigación y difusión patrimonial apoyado por la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, con la dirección científica de la Universidad de Alicante y el Museo de Albacete, que condujo a su declaración como Bien de Interés Cultural en 1992 y que ha cristalizado en la creación de un Parque Arqueológico, que solo ansía poder ser disfrutado por todos. Ha llovido mucho desde aquel septiembre de 1988 en que Rubí Sanz y Lorenzo Abad iniciaron los trabajos arqueológicos, que hoy codirigimos con él, Blanca Gamó, Pablo Cánovas y yo misma. Muchos estudiantes de arqueología, hoy convertidos en profesores y profesionales reconocidos, pasaron por El Tolmo para aprender y enseñar, constituyendo un equipo de investigación al que es un orgullo pertenecer. El Tolmo ha sido, es y será parte de nuestra vida y ese es el contexto enriquecedor en el que se ha gestado este libro y en el que se formó la autora, Victoria Amorós Ruiz. Ella se incorporó al equipo a finales de la década de los años noventa y forma parte de la «segunda generación»,

como solemos decir en broma los más veteranos, a la que también pertenecen Pablo Cánovas, Julia Sarabia y Víctor Cañavate, todos parte fundamental en lo científico y en lo humano del Proyecto Tolmo, como lo son igualmente los miembros de las siguientes generaciones que siguen incorporándose.

Pero sin menoscabo de los más jóvenes, aquellos fueron tiempos heroicos, en los que excavar en la parte alta del cerro –abierto por primera vez en 1995– equivalía a un destierro en Siberia; el corte 60 era un campo de batalla donde luchábamos, picoleta en ristre, contra zanjadas de robo, expolios, estratos indiscernibles, contextos ininteligibles y objetos tan desconocidos como la Alta Edad Media que, contra todo pronóstico, emergía con un vigor inusitado y se convertía en la protagonista de este sector del yacimiento. Poco a poco, igual que nos había ocurrido a los veteranos en las murallas del Reguerón una década atrás, las piezas fueron encajando y, de pronto, el expoliado «edificio singular» que habíamos empezado a excavar, devino baptisterio y comenzó a materializarse ante nuestros ojos una metamorfosis a cámara lenta: de catedral a barrio, de civitas a medina, de Eio a Iyyuh.

El libro de la tierra dejó de tener secretos para quienes, como la propia Victoria (ya entonces Vicky), sobrevivieron a aquel «gulag» y la secuencia estratigráfica se convirtió en nuestro principal aliado. Como la autora señala en su introducción habíamos vencido, habíamos conseguido enlazar los eslabones de la cadena estratigráfica. En sus propias palabras «ahora conocíamos la posición de las producciones cerámicas en la secuencia y por lo tanto éramos capaces de analizar el material y su evolución desde un punto de vista cronológico». Cualquiera se hubiese detenido aquí para disfrutar de un merecido descanso, pero ella no. Con la terquedad que la caracteriza y con el bagaje de una profesional con años de experiencia en proyectos y empresas de arqueología, decidió emprender otro combate, en este caso singular, contra un ejército hostil de 68.177 individuos cerámicos, pertrechada únicamente con un Sistema de Información Arqueológica, tan experimentado como ella misma, y un rimero de matrices,

contextos y fichas de unidades estratigráficas. Nunca es tarde si la dicha es buena y pese a nuestro inicial escepticismo, consiguió poner cada cosa en su sitio, para construir una tesis doctoral de las de antes –concienzuda, larga y sobre todo madura–, que está en la base de este libro. El resultado es, en opinión sincera de quien ha dedicado mucho tiempo a caracterizar cerámica y la considera una herramienta hermenéutica, una revolución metodológica. Este libro se convertirá a buen seguro no solo en un referente de la ceramología altomedieval y un manual para conocer sus producciones, sino también en un modelo de cómo abordar los estudios de cerámica en el siglo XXI, más allá de las tipologías o las producciones, utilizando el contexto y la secuencia estratigráfica como instrumento metodológico. Solo puedo decir que yo no habría sido capaz de hacerlo.

Hemos hablado de todo aquello que el título encierra: *cerámica, contexto, Tolmo de Minateda, Alta Edad Media*, pero queda algo por añadir. En 1961, en la *Conferencia sobre la influencia de la ciencia sobre la cultura moderna* dictada en la Universidad de Pensilvania, Lewis Mumford denunciaba, con razón, que «la posibilidad misma de promocionarse profesionalmente depende más del número de artículos científicos publicados que de los resultados a largo plazo, que pueden no resultar visibles hasta pasada una generación o más»; es decir, se valoraba la cantidad antes que la calidad. Indiscutiblemente las cosas han cambiado en el siglo XXI pero no necesariamente para mejor, puesto que la valoración de la producción científica ya no depende siquiera de la cantidad, sino del medio donde se publica y la inmediatez de su impacto. En este contexto de ciencia urgente se demandan resultados inmediatos y se imponen publicaciones adanistas, asertivas y conclusivas, que escamotean a menudo el aparato argumental. Consecuentemente los proyectos han de ser cortos y se considera poco menos que carpetovetónica cualquier

estrategia de investigación que no se adapte a la duración estándar trienal o cuatrienal de los proyectos. Pues bien, este libro (y la reflexión científica que conlleva) nunca podría haber sido escrito en el marco de esa investigación exprés, rápida y a presión, que tanto se valora ahora. Solo un proyecto *longue durée*, como el de El Tolmo de Minateda donde se ha aplicado sistemáticamente un sistema unificado de catalogación e inventario de materiales, diseñado por Lorenzo Abad, permite contar con la gran cantidad de información normalizada que ha posibilitado este estudio. Valga esta consideración para reivindicar el valor de una ciencia concienzuda.

Cuando la autora acababa su tesis, le recordé que Andrea Carandini tenía una dantesca y peculiar visión de nuestra disciplina: decía que en arqueología «el investigador está obligado a descender de forma antinatural, hacia atrás, en lo desconocido», de tal manera que excavar es ser conscientes «de ese abismo que se abre siempre bajo nuestros pies». Pues bien, remedándolo a modo de chanza, yo le decía que si excavar es descender a los infiernos –*lasciate ogni speranza, voi chi entrate*, en boca de Dante–, estudiar la cerámica es directamente habitarlo. Hace tiempo dediqué un libro a Lorenzo Abad, mi profesor de arqueología, y a mis primeros alumnos, los de la promoción 1989-90, algunos hoy compañeros y amigos, porque me habían enseñado que para enseñar hay que seguir aprendiendo. Hoy, que se cumplen treinta años del inicio de las excavaciones en el Tolmo de Minateda y de la publicación de mi tesina sobre cerámica común de este mismo periodo, puedo decir con orgullo de profesora y cariño de amiga, que con este libro Victoria Amorós me ha enseñado que para aprender hay que seguir enseñando.

Entre Alicante y El Tolmo de Minateda,
septiembre de 2018
Sonia Gutiérrez Lloret

INTRODUCCIÓN

We are not going to reinvent the wheel in the present volume – not even the potter’s wheel – but if you ever stood in front of a huge pile of sherds or stacks of whole vessels, you will know what a difficult task it is to make any historical sense, or any sense at all, of boxes full of ‘ugly’ sherds or rows of shelves with pots on them. (Horejs B., Jung R. y Pavúk P., 2010: 9)

En la mayoría de los proyectos de arqueología siempre hay alguien que estudia la cerámica, no porque sea imprescindible, sino porque suele ser un material abundante, y algo habrá que hacer con toda esa cerámica que se recoge en una excavación o en una prospección. Además, con un poco de suerte, el estudio cerámico puede ayudar a resolver el «factor cronología» en un proyecto de investigación.

Para ser sinceros, si en un estrato con cierta relevancia para ayudarnos a entender la secuencia en la que trabajamos, todo el material que tenemos es un fragmento de cerámica ... Quién no se acercaría a la persona que la estudia, con el fragmento en la mano y lleno de esperanza le preguntaría –¿esto de que época es?– mirando al pobre, como si fuera una especie de adivino que nada más tocar el fragmento es capaz de tener una visión del lugar y la época en la que se realizó el susodicho trocillo de cerámica; aunque claro, si el trocillo es solo eso, seguramente la respuesta sea «no sé», dejando en muy mal lugar a la persona que se encarga del estudio de la cerámica, al tiempo que se fortalece el pensamiento de todos aquellos arqueólogos que se dedican a otras cuestiones: el estudio de la cerámica tampoco es para tanto.

Es muy difícil explicar a la gente que no ha trabajado directamente en la catalogación y estudio de materiales arqueológicos que cuando se realiza un inventario de materiales, y en especial de cerámica, te enfrentas a la tarea de ordenar cientos o miles de fragmentos de diferentes pastas, modos de producción, cronologías o lugares de procedencia, y que en la mayoría de los casos no vas a estar seguro de si estás haciéndolo correctamente. Conocer el material arqueológico de un yacimiento requiere mucho trabajo, esfuerzo y horas de estudio. Una correcta catalogación cerámica solo podrá ser realizada por alguien con mucha experiencia, formación y dedicación en la materia, valores que en la actualidad son bienes escasos, y esfuerzos que en muchos proyectos de investigación arqueológica se prefieren utilizar en otros menesteres, ya que todavía se tiende a pensar que la cerámica puede

ser «ordenada por cualquiera». Pero, nada más lejos de la realidad.

Este sentimiento de «cacharrólogo infravalorado», que tenemos todos aquellos que en algún momento nos hemos dedicado al estudio de la cerámica en Arqueología, es el que motivó la realización de este libro. Mi caso no es el de una jovencita que quiere iniciar su carrera investigadora, sino el de una profesional con algunos años de experiencia en proyectos de investigación y empresas de arqueología, que se decidió a plasmar en un trabajo de investigación todo aquello que había ido aprendiendo desde 1998, cuando tras finalizar la carrera, se me dio la oportunidad de empezar a trabajar en El Tolmo de Minateda.

Aunque, con total sinceridad, he de decir que hoy en día, y tras casi 20 años de profesión, lo único que he aprendido, de verdad, es que tengo que seguir aprendiendo. Si ahora mismo tuviera que catalogar un contexto de El Tolmo, seguiría sin saber qué son muchos de los fragmentos que hay encima de la mesa. De esta «duda existencial» que se presenta cada vez que te enfrentas a un montón de cerámica nació la única pretensión de este trabajo, intentar ordenar el material cerámico no constructivo de El Tolmo de Minateda de forma que se pueda utilizar como herramienta de catalogación en futuras campañas. Soy plenamente consciente que tiene fallos, por los que pido disculpas por adelantado, y espero que se vayan subsanando en posteriores investigaciones realizadas por mí misma o por otros investigadores.

El proyecto arqueológico de El Tolmo de Minateda se viene desarrollando ininterrumpidamente desde 1988, y gracias a estos treinta años de investigación, hoy en día El Tolmo se reconoce como un yacimiento clave para el estudio del tránsito a la Alta Edad Media en el sureste peninsular, sobre todo en un fenómeno histórico de tanto calado como el proceso de islamización, que se originó con la llegada de las poblaciones árabo-bereberes en el año 711 d.C. En este aspecto y empleando las palabras de Sonia Gutiérrez «El Tolmo hace legible el proceso de islamización de la sociedad

visigoda y las tensiones derivadas de la instalación de nuevas poblaciones» (Gutiérrez, 2007: 309).

El estudio de este proceso viene de la mano de la secuencia ininterrumpida del yacimiento que abarca desde finales del siglo VI hasta principios del X, y que se ha construido gracias a las 26 campañas de excavaciones arqueológicas en el cerro, pero sobre todo al esfuerzo de la dirección del proyecto y de muchos de los técnicos que hemos trabajado en ellas.

Todo este trabajo y esfuerzo se refleja en una extensa documentación estratigráfica y de los materiales asociados a ella. Y este elemento es clave, ya que sin esta extensa documentación tanto de las labores de campo como del registro de materiales este libro no hubiera sido posible. Todo ese trabajo previo se transforma en el eje central de esta investigación.

El equipo de El Tolmo es muy consciente que el problema de las producciones cerámicas altomedievales radica en la falta de argumentación cronológica para abordar su estudio y evolución. Es en este periodo cronológico cuando desaparecen las producciones estandarizadas, se transforman los esquemas de comercio que habían regido en el Mediterráneo desde época romana, y el conocimiento del periodo se refleja en el adjetivo de *dark ages* o «época oscura» tal y como lo definen muchos investigadores.

Los miembros del equipo de El Tolmo fuimos conscientes desde un principio que era necesario un marco cronológico que la cerámica no tenía por sí sola, pero este se podía obtener por el análisis de los contextos estratigráficos que proporcionaba las excavaciones en el cerro. La amplia documentación existente permitió el estudio de diferentes contextos en varias zonas del yacimiento, y a su vez el enlace entre ellos. Como consecuencia podíamos crear una secuencia estratigráfica separada en fases que nos permitía construir el marco cronológico de las cerámicas altomedievales de El Tolmo de Minateda.

Una vez realizado el estudio estratigráfico y la definición de las fases era posible vincular la secuencia con el material, a través del análisis de las cerámicas de cada una de las unidades estratigráficas. Habíamos conseguido crear una cadena tal y como decía Andrea Carandini, «tocar un eslabón significa hallarse inmediatamente ante toda la cadena a la que este pertenece» (1997: 22). Ahora conocíamos la posición de las producciones cerámicas en la secuencia y por lo tanto éramos capaces de analizar el material y su evolución desde un punto de vista cronológico. Pero al mismo tiempo nos daba la libertad de aproximarnos a estos objetos desde diferentes puntos de vista: pasta, modo de producción, forma, posible función, así como establecer la relación de estos con producciones estandarizadas y con una tradición de estudio: sigillatas, ánforas o cerámicas de cocina de ámbito mediterráneo o las producciones vidriadas de diversas épocas.

El estudio del material cuenta además con una herramienta que ha sido fundamental para poder realizar esta investigación, la base de datos de materiales

arqueológicos de El Tolmo de Minateda. Un sistema de catalogación e inventario de materiales en una ficha informatizada que se viene empleando en El Tolmo desde el comienzo de los trabajos de excavación en el cerro, gracias al empeño de Lorenzo Abad, firme convencido de la necesidad de unificar registros, y aunque esta ha sufrido algunos cambios en la manera de introducir los datos, nos ha ofrecido la posibilidad de contar con una gran cantidad de información normalizada. De hecho, gracias a esta base de datos contamos con una muestra de 68.177 individuos cerámicos de época altomedieval, que se han podido ubicar dentro de la secuencia estratigráfica.

Todo ello nos ha permitido ordenar el material en 15 grupos morfofuncionales cuyos integrantes comparten unas mismas características y atributos bajo criterios de definición que han tratado de ser lo más objetivos posibles. Además, como conocíamos la localización estratigráfica de los objetos, hemos podido seguir la evolución de los diferentes tipos y subtipos dependiendo de su posición en la secuencia estratigráfica. Igualmente, todos estos elementos se han analizado bajo unos mismos criterios de estudio: modo de producción, elementos morfológicos/funcionales, paralelos formales (si era posible) y tipo pasta (con la identificación de 24 grupos diferentes a lo largo de toda la secuencia).

La suma de todos estos elementos nos ha ofrecido la posibilidad de reconstruir la historia del material cerámico a lo largo de un periodo concreto de tiempo, pero al mismo tiempo nos ha dado la oportunidad de mirar los resultados desde otra perspectiva y por lo tanto formular nuevas preguntas que pueden enriquecer la investigación en la materia.

La caracterización contextual de la cerámica nos ha brindado la posibilidad de diferenciar rasgos y elementos en producciones que hasta ahora se englobaban bajo términos tan amplios, desde el punto de vista cronológico como «cerámica tardía», «de primera época islámica» o «cerámica de época emiral», y por lo tanto separar, analizar y conocer las producciones que caracterizan el principio del siglo VII, respecto a las de la segunda mitad de esta centuria, así como reconocer con claridad cómo evoluciona el material cerámico a lo largo del siglo VIII o la transformación que se atestigua en el siglo IX. Aunque, evidentemente, los resultados y caracterización de los contextos que aportamos son válidos de forma directa e inmediata para El Tolmo de Minateda.

Gracias a la gran cantidad de información que este trabajo ha permitido reunir, nos hemos podido acercar a unas producciones que por su cronología cuentan con pocos casos de estudio con los que compararlas, por lo que la parte final del trabajo se ha querido utilizar no solo como lugar donde recoger las conclusiones del estudio, sino también como un espacio de debate de ideas y de planteamiento de preguntas a priori controvertidas, pero que los datos de este estudio nos dan pie al menos a proponerlas: ¿qué elementos caracterizan las cerámicas de los siglos VII, las del VIII y el IX

y cuáles las diferencian?, ¿por qué llegan productos orientales de importación en la segunda mitad del siglo VII?, ¿por qué una pequeña ciudad en el interior, como la del Tolmo, recibe las mismas importaciones que Recópolis?, ¿cuándo se detectan los primeros elementos reconocidos como indicadores de islamización? o ¿cómo se reconoce el proceso de islamización social a través de la cerámica?

Todas estas preguntas intentan plantear argumentos que nos ayudan no solo a reconocer la cerámica de

este momento y su evolución, sino también a ver en ella la huella de una sociedad que plasmó sus necesidades, usos y costumbres en estos simples objetos, y que ahora, nos permiten reconstruir la historia de estas gentes. Tal y como recordaba Lorenzo Abad en la apertura del curso académico 2016-2017 de la Universidad de Alicante, y citando a su discípula Sonia Gutiérrez, «no olvidemos nunca que la arqueología es una disciplina histórica que da voz a esas personas silenciosas que construyeron la materialidad de nuestra historia».

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a todo el equipo de El Tolmo de Minateda el apoyo prestado para la realización de esta obra, en especial a Sonia Gutiérrez Lloret por la ayuda

constante. Y a Patrice Cressier e Irene Montilla Torres por sus acertados comentarios que han mejorado este trabajo.